



RELATO  
CORTO

UN SUSURRO DE  
ADVERTENCIA

DELILAH S. DAWSON

**HISTORIA**

DELILAH S. DAWSON

**ILUSTRACIONES**

OGNJEN SPORIN

**EDITORIAL**

CHLOE FRABONI, ERIC GERON

**ASESORÍA DE TRASFONDO**

COURTNEY CHAVEZ, SEAN COPELAND

**CONSULTORÍA CREATIVA**

STEVE AGUILAR, RAPHAEL AHAD, ELY CANNON,  
STEVE DANUSER, CHRIS METZEN,  
STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

**PRODUCCIÓN**

BRIANNE MESSINA, AMBER PROUE-THIBODEAU,  
CARLOS RENTA

**DISEÑO**

COREY PETERSCHMIDT,  
JESSICA RODRIGUEZ



© 2024 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.



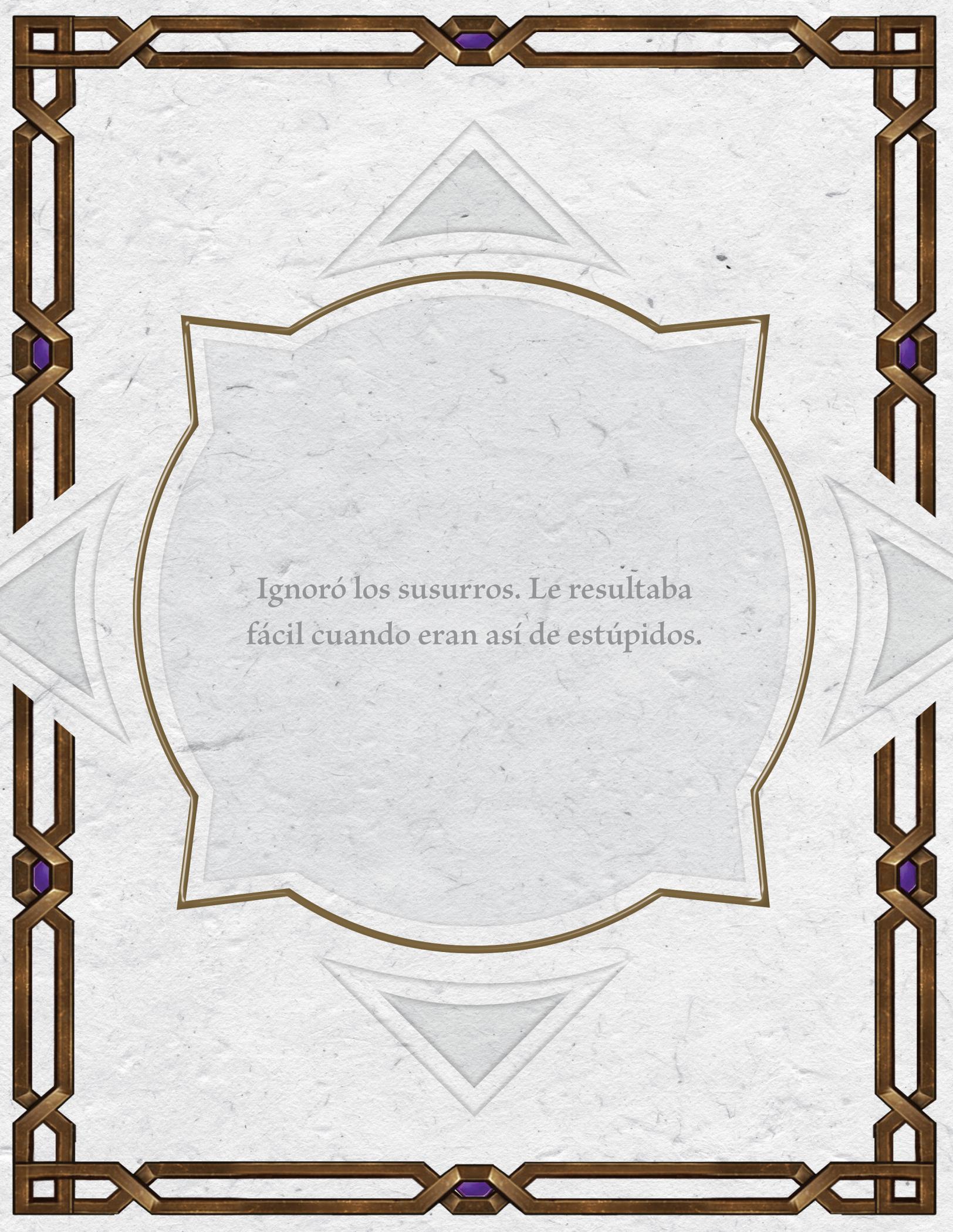
**E**l sol de la tarde se filtraba entre las hojas carmesíes sobre Alleria Brisaveloz mientras recorría el camino hacia la Ciudad de Lunargenta. En otros tiempos —tiempos más felices— habría ido volando o se habría materializado al otro lado de las murallas con un portal, pero, tal como estaban las cosas, se acercaba con cautela, como si se aproximase a una bestia durmiente con mal despertar. Una vez había defendido aquellas murallas, a su gente. ¿Pero ahora?

Ahora, para muchos, ella era la fuente del peligro.

Era curioso cómo, después de haberse enfrentado a los monstruos y demonios más aterradores, a lo peor de la Horda, la inquietaba la mera idea de cruzar una simple puerta.

«Date la vuelta y márchate. Este lugar está lleno de enemigos. Todo el mundo te odia». Ignoró los susurros. Le resultaba fácil cuando eran así de estúpidos.

Era como si sus pies tirasen de ella. No podía detener su misión por culpa de sus propios miedos; y mucho menos de los que procedían de su conexión con el Vacío. Recientemente, Khadgar la había convocado desde Dalaran y le había pedido que investigara algo llamado «el corazón oscuro»: un objeto que Iridikron había encontrado



Ignoró los susurros. Le resultaba  
fácil cuando eran así de estúpidos.

en Aberrus y que le había entregado a un ser conocido como «Presagista». A pesar de su sabiduría, Khadgar no tenía más información. Aun así, Alleria estaba acostumbrada a seguir indicios confusos y no tardaría en desvelar la naturaleza esta nueva amenaza... y acabar con ella.

Pero primero tenía que hacer algo que la preocupaba mucho más.

Tenía que hablar con su hijo, Arator.

Pasara lo que pasara, fuese lo que fuese lo que auguraba el corazón oscuro, tenía que advertirle que se le alejase de él. Aunque estuvieran distanciados últimamente, aunque ella pasase tiempo en La Falla para no estar en la Ciudad de Ventormenta y encadenase misiones una detrás de otra, tenía la esperanza de que su hijo la escuchara. Así que, al llegar a las puertas de la ciudad donde vivía el muchacho, vio que una figura conocida se aproximaba.

—Alleria Brisaveloz. ¿Has olvidado que no eres bienvenida en Lunargenta?

—Lor'themar —respondió con menos respeto del que, seguro, a él le habría gustado. Observó su reluciente armadura—. ¿Te han degradado a guardia? Ese puesto tan insignificante no parece digno del Señor regente de Quel'Thalas.

Theron enarcó una ceja larga y blanca.

—Cuando hay una amenaza importante que requiere mi atención, he de acudir.

—Yo no soy una amenaza, viejo amigo. Al menos, asumo que, si me vieras como tal, no me habrías invitado a tu boda. Que no es que tu boda no pasase nada... o no hubiese amenaza alguna. No llegué a probar el exquisito pastel de lavanda.

—Puedo darte las señas del pastelero si quieres encargarte una similar. —Lor'themar abrió una puerta y se quedó en el umbral con expresión seria—. ¿Qué haces aquí, Alleria?

La ciudad brillaba a su espalda: las paredes de los edificios eran de un reluciente color blanco con tejas rojas y bordes dorados, y el sol reflejaba su fulgor en las ventanas. Era un lugar que le resultaba muy familiar, a pesar de las sutiles diferencias por el proceso de reconstrucción tras la devastación de la Plaga. Un lugar que había conocido toda su vida. Un lugar donde ya no era bienvenida.

—He venido a ver a mi hijo. Dentro de poco partiré en una misión y quiero despedirme.

—Una razón admirable para cruzar nuestro umbral. Pero recuerda, Alleria: solo te acogeremos, si es que esa es la palabra adecuada, mientras el sol toque Lunargenta. Cuando caiga la noche, tendrás que irte.

Eran las mismas condiciones que aceptó para acudir a su boda en Suramar: un día y no más. Aunque había sido capitana forestal de Lunargenta y una heroína, sabía que la ciudad la trataría como a cualquiera de sus enemigos si prolongaba su estancia.

Sintió que se le encogía el pecho.

—No soy vuestra enemiga. Tienes que entender que lo que pasó en La Fuente del Sol fue un accidente...

Lor'themar la interrumpió con un ademán. Pocas personas en Azeroth se atreverían a hacer lo mismo.

—Accidente o no, el daño está hecho. El pueblo no confía en ti. Yo aún no sé si puedo hacerlo. Pero... ve a ver a tu hijo mientras puedas. Ya se está haciendo de noche.

«Ahora vuelve a La Fuente del Sol y completa nuestra comunión.

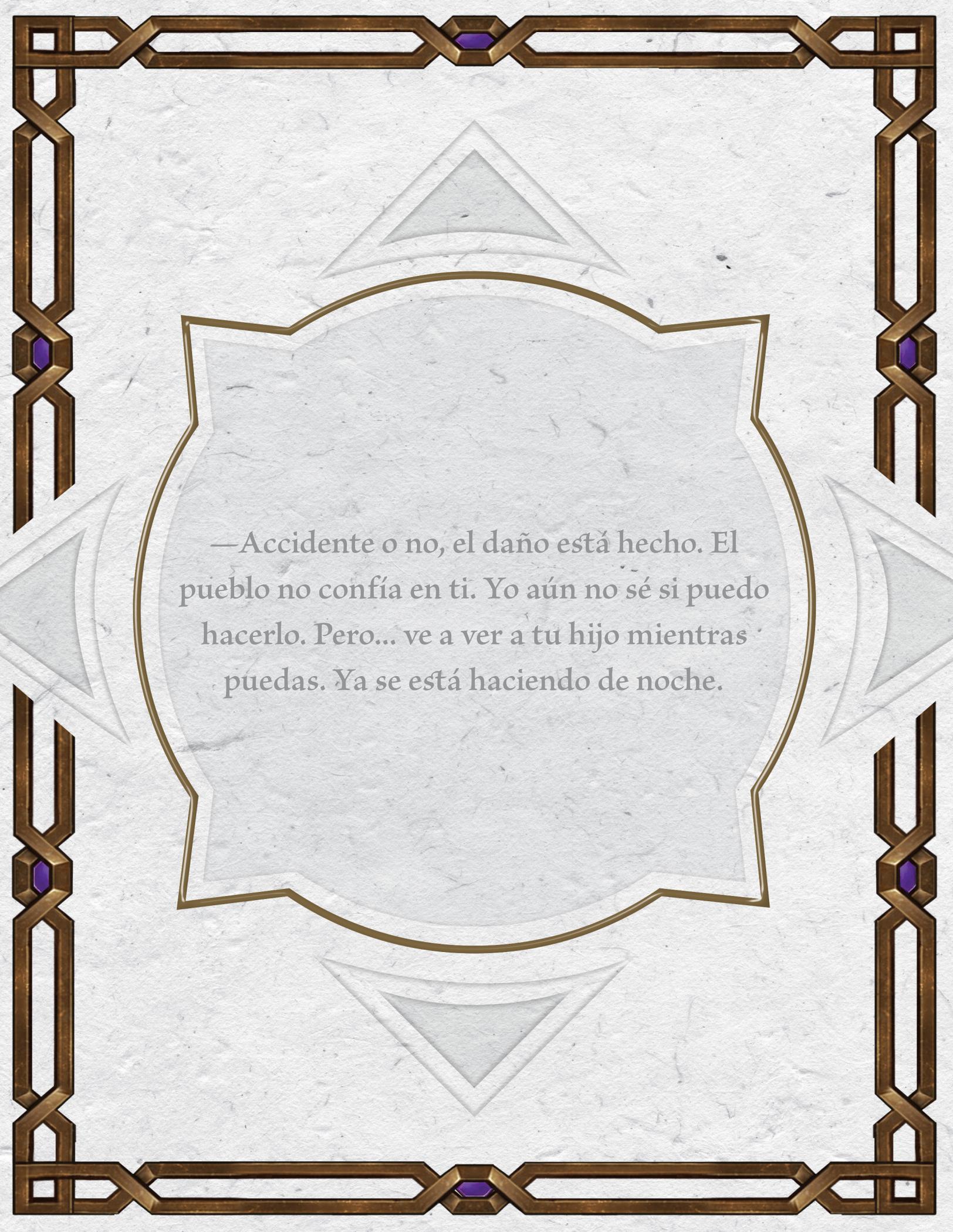
No le debes nada a Lor'themar.

Reclama lo que es tuyo. ¡Acaba con él y ocupa su lugar!».

Lor'themar indicó a sus guardias que la siguieran y se alejó mientras Alleria apretaba los puños y los hacía crujir dentro de los guantes. Ambos tenían razón, tanto Lor'themar como ella, y no podía soportarlo. Ella era culpable de haber dañado el corazón de la cultura de su gente, pero no sabía que, solo por encontrarse cerca de La Fuente del Sol, su naturaleza del Vacío podía corromper su poder.

Al principio, la presencia de aquel manadero mágico y ancestral le calmó el alma, como si el sol la iluminase de lleno tras una eternidad de noches oscuras y tormentosas. Sintió que el poder fluía hacia sus entrañas y la llenaba de Luz... y entonces fue como si ella misma se hubiese transformado en un portal y las criaturas del Vacío saliesen de él como el pus de una herida. Y luego arriesgó su vida para combatir la catástrofe que había desatado.

Pero eso no bastó para poner fin a lo que había empezado sin querer. Por mucho que odiase admitirlo, suponía una amenaza en muchos sentidos para todo lo que amaba, lo

The page features a complex gold border with a repeating geometric pattern and small purple gemstones at the corners. A large, ornate gold frame in the center contains the text. The background is a light, textured paper with faint, larger-scale versions of the border's pattern.

—Accidente o no, el daño está hecho. El pueblo no confía en ti. Yo aún no sé si puedo hacerlo. Pero... ve a ver a tu hijo mientras puedas. Ya se está haciendo de noche.

cual explicaba que se hubiera mantenido alejada de sus seres queridos, como le había contado a Khadgar cuando fue a verlo.

En cualquier caso, conservaba vínculos allí, nuevos y antiguos, y al menos el Señor regente había lo respetado.

Alleria ignoró los susurros —los del Vacío y los de su conciencia— y volvió a centrarse en su objetivo, aunque los guardias de Lor'themar la rodeasen a cierta distancia. No podría moverse a su antojo, pero eso no cambiaba nada. Ellos estaban ahí para impedir que dañase la ciudad, pero esa nunca había sido su intención.

Estaban volviendo a colocar los adoquines de las calles de Lunargenta, pero la sensación era la misma bajo sus botas decoradas de plata: seguían impregnadas de la misma belleza y la misma magia. Los árboles que enmarcaban el camino tenían la corteza pálida y ramas de hojas siempre anaranjadas, y las grandes columnas blancas estaban justo donde las recordaba: elevándose a gran altura a cada lado. Alleria sabía moverse por allí y, mientras caminaba, los recuerdos flotaban en su mente como múltiples capas de acuarela.

A su paso, los habitantes de Lunargenta cobraban nitidez, y su inquietud era palpable. La gente se retiraba por puertas abiertas al verla y desaparecía en los callejones. Aparecían rostros y oídos atentos en las ventanas antes de que se cerrasen rápidamente las cortinas.

Sí, Lor'themar tenía razón: el pueblo no confiaba en ella. De hecho, parecían temerla. Se habría corrido la voz sobre lo de La Fuente del Sol... y quizá la historia hubiera crecido al propagarse, como un hongo dañino y repugnante. O tal vez fuese por la pesada armadura blanca y plateada de su brazo izquierdo y el enorme arco que nunca la abandonaba. Era una guerrera de pies a cabeza, y la plebe solía reaccionar a su presencia como conejos paralizados a la sombra de un halcón.

«Qué fácilmente se vuelven contra ti. Como tu amor verdadero.

Turalyon te aborrece.

Tu hijo también te teme.

Libera lo que los repugna. Destruyelos.

Destruye a todos estos insectos indignos. ¡Toma tu poder!».

Alleria apretó el paso. El lugar podía parecer el mismo, pero ya no lo sentía de ninguna forma como un hogar. A decir verdad, tampoco estaba segura de lo que era para ella un «hogar».

Pasó junto a un andamio donde trabajaban carpinteros y albañiles para reconstruir diversas estructuras y se dirigió a una hilera de casas, un lugar que solo conocía por Arator. Aunque ya era un hombre adulto, aún lo veía como aquel bultito llorón que le había entregado a su hermana Vereesa cuando atravesó el Portal Oscuro, antes de que el destino pusiese su vida patas arriba. Desde su regreso del Vacío Abisal, había mantenido las distancias por miedo a que su conexión pudiese hacer daño a su hijo. En consecuencia, su relación con él se había resentido.

Pero ella deseaba sanar ese vínculo con cada latido de su corazón en el pecho, tanto como fuera posible, y advertirle de que debía permanecer allí, a salvo, en la ciudad rota pero querida que había recorrido de niña. Lucharía, como siempre había hecho, por la seguridad de su hijo y por el mundo que compartían, y él perpetuaría la esperanza de su madre por un futuro en el que dicho mundo conociese la paz.

Al fin se encontró ante la puerta roja como la sangre. La aldaba dorada tenía forma de fénix, y el desgaste del metal sugería que, en algún momento, el lugar había recibido visitas. A través de la ventana, oyó una voz que le aceleró el corazón y le iluminó la mirada. ¿Qué hacía allí su amado? Se detuvo un momento, como buena forestal, para ver qué la esperaba en el campo de batalla.

—¿Te he contado alguna vez lo que pasó cuando tu madre y yo presentamos a los elekks ante el Ejército de la Luz? —preguntó Turalyon—. Habíamos trabajado con ellos en Draenor y sospechábamos que serían unas monturas idóneas por su tenacidad, robustez e inteligencia.

—Creo que lo has mencionado alguna vez.

Al oír aquella voz y el sutil hastío que transmitía, Alleria sintió que se le derretía el corazón.

Su hijo.

Arator

En su día fue un bebé en sus brazos, apenas visible entre sus lágrimas mientras se despedía de él, consciente de que marcharse era la única forma de protegerlo.

Luego fue una criatura con una espada que creía que la guerra era algo grandioso.

Luego, un niño a hombros de un caballero de la Mano de Plata que miraba la estatua de una madre a la que apenas conocía en el Valle de los Héroeos y sentía la calidez de su amor como un haz que cruzaba el universo en la Luz hasta alcanzar su rostro esculpido.

Ahora era un caballero de la Mano de Plata.

Conocía el sabor de la guerra.

Era un hombre.

Y, aun así, apenas la conocía...

Como ella a él.

«Nunca lo conocerás. Te verá como un monstruo, una traidora. Una enemiga».

—Vivimos muchas y grandes aventuras —continuó Turalyon con una risita áspera.

—¿Dónde crees que estará ahora? —escuchó que preguntaba Arator.

La pregunta la hizo sentir incómoda. Quizá fuera razonable quedarse junto a la ventana abierta mientras hablaban de elekks, pero Alleria no iba a espiar una conversación sobre ella. No solo porque podía delatarse ahogando una reacción o suspirando, sino porque también podía escuchar algo que no quería.

—Sabes que la quiero muchísimo, pero tu madre... No podemos contenerla.

Alleria se quedó helada de nuevo, y una sonrisa le tiró de la comisura de los labios.

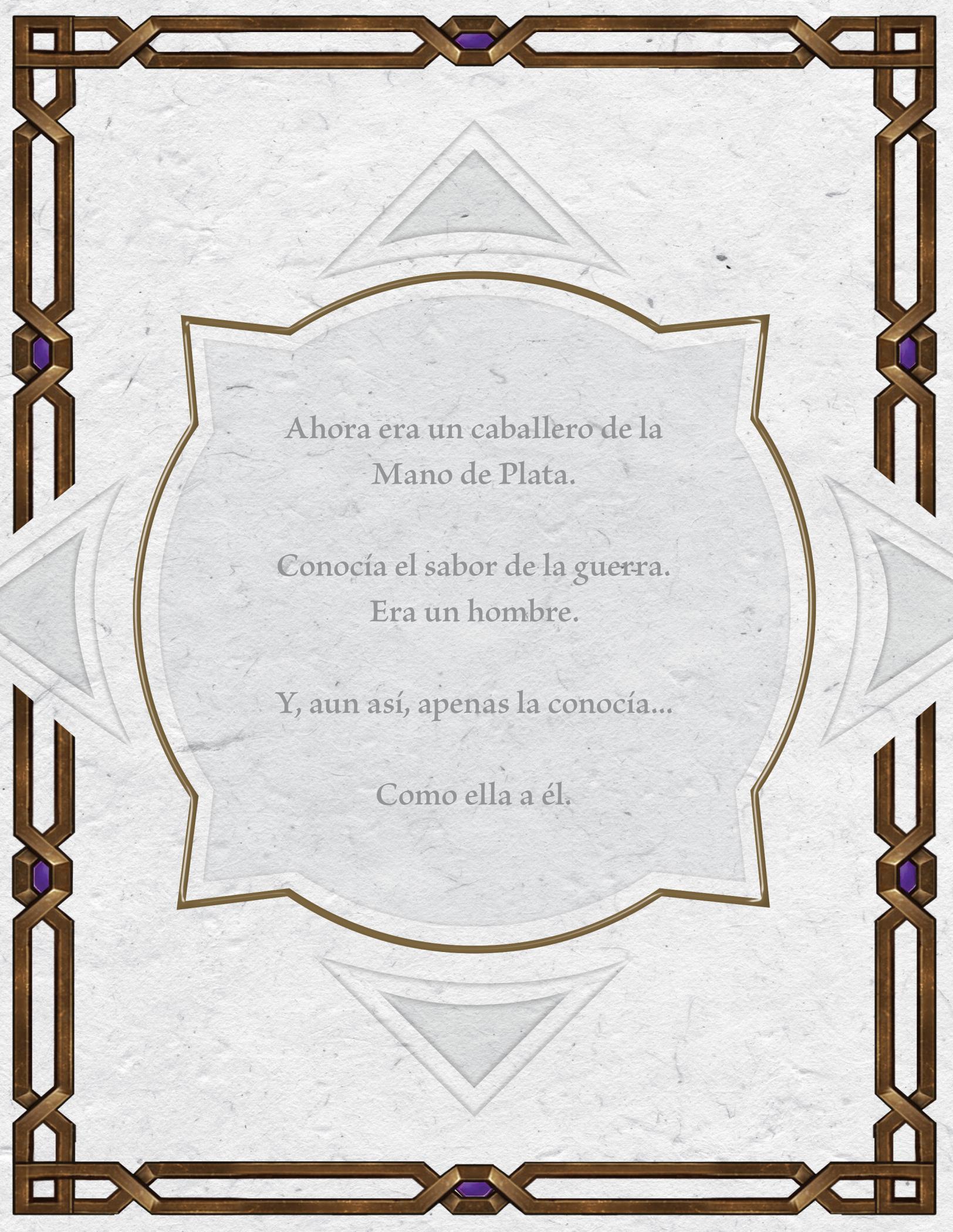
—Sé que la echas de menos.

—Claro que sí, pero...

Y, de la misma forma, la sonrisa se desvaneció. Tanto Turalyon como ella se habían tomado un tiempo separados para centrarse en sus respectivas labores: ella en sus misiones y Turalyon en las reuniones del consejo.

—Cree que es un peligro para nosotros —dijo Arator con tristeza—. Y tú también lo crees.

«¿Ves? Te temen.



Ahora era un caballero de la  
Mano de Plata.

Conocía el sabor de la guerra.  
Era un hombre.

Y, aun así, apenas la conocía...

Como ella a él.

Y hacen bien en temerte.

Mátalos».

La mano de Alleria se acercó a la puerta. Sabía que no debía seguir espiando, pero, aunque no se imaginaba una vida sin Turalyon, era consciente de que él encontraba extraña su naturaleza del Vacío. A pesar de que nunca lo hubiera admitido y probablemente nunca lo haría. Ahora quería oírse lo decir con claridad. Ella también la encontraba extraña, pero los separaba como un abismo infranqueable incluso para ellos, por mucho que hubiera agradecido la oportunidad de sincerarse sobre el caos que vivía en su interior.

—Eso no la traerá de vuelta a casa —sentenció Turalyon—. ¿Y te he dicho alguna vez que los elekks que solo comen orquídeas producen...?

—Queso taladoriano. Puedes seguir yéndote por las ramas cuanto quieras, pero me gustaría saber la verdad.

Se hizo una pausa tensa.

—Bueno, supongo que tienes preocupaciones más apremiantes que el queso.

—Ya no soy un niño, padre. No puedes cambiarme de tema. Por favor, te lo suplico: háblame de mi madre. Apenas la mencionas.

Otro suspiro.

«Detestas a Turalyon. Es débil.

Acaba con él. Solo te traerá dolor. Nunca te entenderá.

Tu auténtico poder te espera más allá de él».

—Tu madre es el amor de mi vida y es... una criatura complicada.

Alleria no pudo seguir soportándolo. Agarró el azófar caldeado por el verano de la aldaba y levantó la mirada hacia el cielo mientras llamaba tres veces. El sol era de oro, pero se acercaba rápidamente al horizonte. Pronto, el azul se teñiría de violeta y rosa, y las estrellas empezarían a parpadear. No contaba con el tiempo que necesitaba, así que debía aprovechar el que tenía.

—¿Estás esperando a alguien, hijo? —oyó que preguntaba Turalyon—. ¿Será una de las gemelas Brisaflor que viene a dejarte un tarro de miel de estelaria?

—Padre, por favor. No estoy esperando a nadie y nadie debería estar esperándome a mí. Solo pienso en mis compañeros de la Mano de Hierro, no en flirteos sin importancia.

Su voz sonaba como si las ropas le apretasen demasiado de repente y le estuvieran asfixiando. Cuando Arator abrió la puerta, tenía las mejillas sonrosadas y, a todas luces, estaba teniendo que hacer un gran esfuerzo por permanecer serio.

Al verla, fracasó.

Se quedó con la boca abierta y sus ojos dorados emitieron un destello de esperanza. Cuando era bebé los tenía verdes, como ella, pero en algún punto de su larguísima separación le habían cambiado de color. A Alleria no le molestó: su hijo siempre había brillado como el sol.

—¡Madre! —exclamó este con una sonrisa de sorpresa.

—Hijo mío. —Sintió el deseo abrazarlo, pero era mucho más grande que ella y llevaba una armadura completa de diversos tonos dorados, como la última vez que lo vio, pocos meses atrás. Así que lo que hizo fue alzar la mano y acariciarle la mejilla—. No me puedo creer que vaya a decir esto, pero te va haciendo falta un buen afeitado.

Arator se echó a reír y retrocedió para que ella pudiera entrar en la habitación.

En cuanto se cerró la puerta tras ella, los susurros se redujeron a un zumbido distante.

Se volvió hacia Turalyon como un imán buscando el norte. No había cambiado en los últimos meses. En todos sus años juntos —siglos en diferentes planos, mundos y dimensiones—, siempre le había parecido hermoso. Sus nuevas cicatrices solo acentuaban su fuerza y su tenacidad, y Alleria se sintió atraída hacia él, aunque hizo un esfuerzo por resistirse.

—Amor mío —dijo él con cariño, aunque también con cautela.

Alleria no pudo seguir negándolo. Tal vez las cosas fueran distintas entre ellos, pero, cada vez que se separaban, lo hacían sin saber si volverían a verse.

Dio un paso para abrazarlo, pero se detuvo. El reducido espacio que se interponía entre ellos parecía gigantesco, de pronto.

—Te echado de menos —susurró.

—Y yo a ti.

Su hijo los miraba esperando que se abrazasen o que al menos se tocasen. Pero ninguno lo hizo.

Alleria veía el dolor en la mirada de Turalyon y sentía el mismo anhelo de fundirse y ofrecerse el consuelo que los había sustentado tanto tiempo.

—He venido a la ciudad a consultar un asunto con Liadrin y no quería llamar mucho la atención —continuó Turalyon con una sonrisa—. ¿Vas a quedarte un poco o tu visita será tan corta como la mía?

Alleria lo miró a los ojos. Quería que entendiera que ella tampoco deseaba irse tan pronto.

—Me conoces bien. Tengo que partir dentro de poco en una misión para Khadgar. Me quedaría aquí con vosotros más tiempo, pero Lor'themar me ha dejado claro que mi presencia en Lunargenta no es grata. Tengo que marcharme antes del anochecer o poner en riesgo la buena voluntad que conserva por el vínculo que nos unía.

Turalyon asintió.

—¿Puedo acompañarte en este viaje?

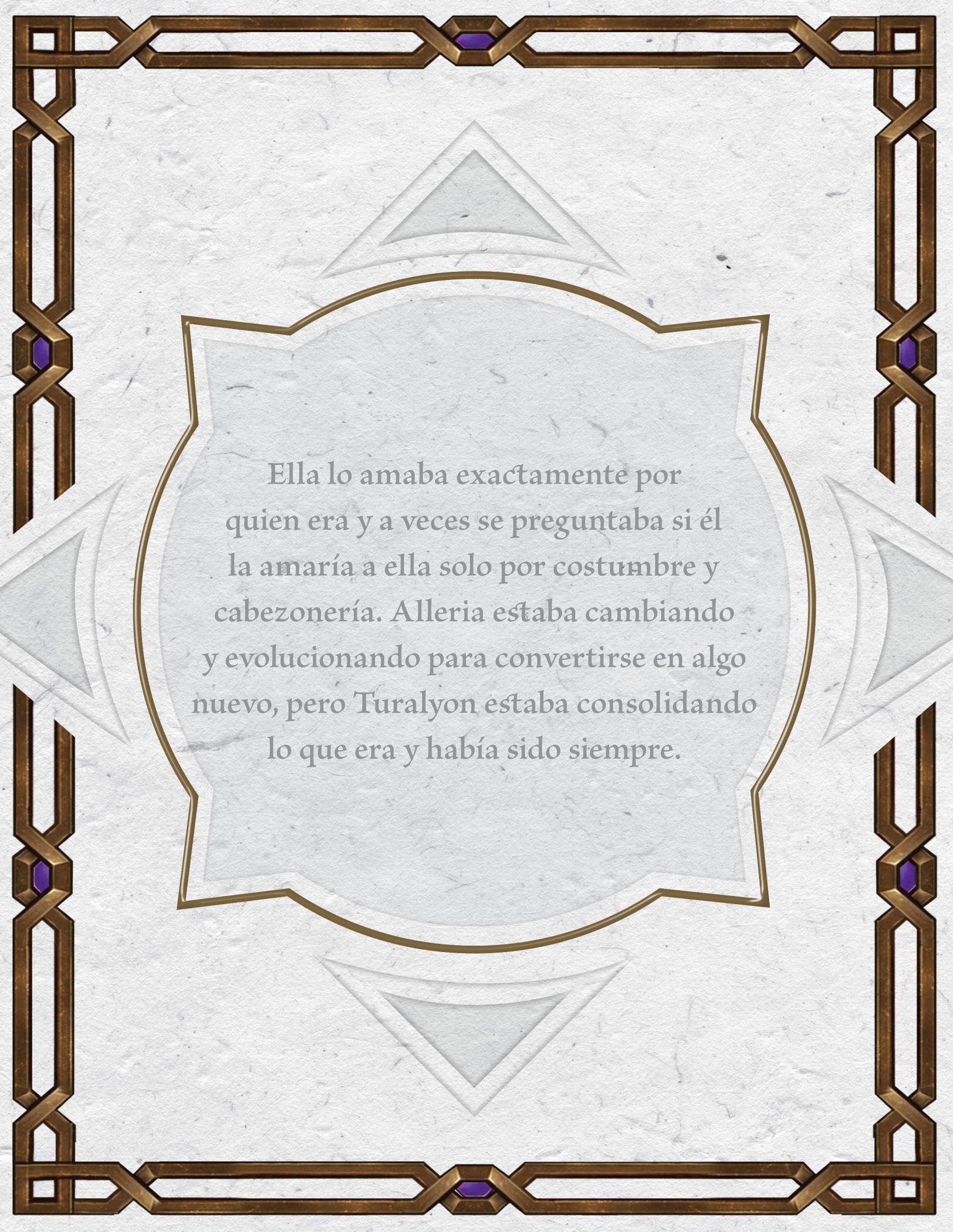
Lo consideró, por supuesto. Sin embargo, cuanto más averiguaba sobre el Vacío y más utilizaba sus poderes, más incómodo se sentía el paladín en su presencia. Como acababa de decir él mismo, Alleria era una criatura complicada.

«Nunca aceptará tu auténtica naturaleza».

Sabía que, si Turalyon hubiera podido oír las voces que le arañaban la psique, la apartaría de su lado para siempre o se pasaría el resto de sus días intentando salvarla, lo cual le parecía igual de horrible. Ella lo amaba exactamente por quien era y a veces se preguntaba si él la amaría a ella solo por costumbre y cabezonería. Alleria estaba cambiando y evolucionando para convertirse en algo nuevo, pero Turalyon estaba consolidando lo que era y había sido siempre. No tenía por qué saberlo.

—Es una misión que debo emprender a solas, pero el chico puede acompañarme a dar un paseo antes de que me vaya —dijo por fin.

—Excelente idea —respondió Turalyon, radiante de esperanza—. Seguro que tenéis mucho de qué hablar.



Ella lo amaba exactamente por quien era y a veces se preguntaba si él la amaría a ella solo por costumbre y cabezonería. Alleria estaba cambiando y evolucionando para convertirse en algo nuevo, pero Turalyon estaba consolidando lo que era y había sido siempre.

—Me encantaría ver Lunargenta a la luz del atardecer, si quieres acompañarme. Dicen que los arquitectos están haciendo un trabajo espectacular en las nuevas construcciones.

Arator le ofreció el brazo, pero Alleria no lo tomó. Aún no.

—¿Y si nos quitamos la armadura y caminamos entre la multitud como ciudadanos normales? —le sugirió con la vista clavada en sus gigantescas hombreras—. Los que pasaron a mi lado de camino hacia aquí no miraban mis armas con buenos ojos. Ni tampoco los guardias de Lor'themar.

Se sintió un tanto molesta al ver que su hijo miraba a Turalyon para pedir su opinión.

—Adelante, disimulad —contestó este con una risita—. Fingid que sois normales por una tarde. No vamos a entrar en guerra de aquí a una hora.

—Como quieras.

Arator empezó a desabrocharse las pesadas hombreras y Alleria metió su propia armadura y sus armas en una bolsa encantada. Libre de tales cargas, se sentía ligera, ágil y segura de seguir contando con recursos y habilidades suficientes para despachar cualquier amenaza que pudiera surgir.

«Qué raro —pensó— que una madre, al salir de paseo con su hijo, quiera ir armada hasta los dientes».

Y más raro aún, que la amenaza más grande fuese ella misma.

Muchos creían que los Brisaveloz eran luchadores natos, pero eso no era cierto. El padre y el hermano de Alleria habían sostenido una espada y un arco en muy contadas ocasiones. Algunos habitantes de Lunargenta seguían viviendo así, creyendo que sus murallas bastaban para proteger su ciudad. Se equivocaban, claro, pero eso no quería decir que Alleria no soñase con volver a una época en la que podía a ver a su hijo bailando en el valle o llevándose un alegre flautín a los labios. Azeroth y sus hijos merecían conocer la paz, y Alleria llevaba buena parte de sus mil años persiguiéndola en vano.

Mientras Arator seguía quitándose la armadura, Turalyon se acercó a ella, de nuevo sonriente.



Azeroth y sus hijos merecían conocer  
la paz, y Alleria llevaba buena parte de sus  
mil años persiguiéndola en vano.

—¿Qué tal... el viaje? —preguntó.

—Bien —contestó ella—. ¿Y las cosas en Ventormenta?

—Igual.

—¿Y en Lunargenta? ¿Greaves todavía hace algodón de azúcar? ¿Y Branson sigue siendo un noble cotilla y estirado?

—A decir verdad, estamos demasiado ocupados para tales distracciones, pero espero que los veas mientras paseáis.

Ella también le sonrió, pero con un toque de tristeza.

Turalyon respondió con una sonrisa igualmente triste. La hizo un gesto a Arator.

—Date prisa, hijo. Disfruta del sol. Sé que mis argumentos no convencerán a tu madre de que se quede un tiempo en Ventormenta, pero quizá tú tengas más éxito. Sería muy agradable pasar todo el tiempo que podamos como una familia.

Pero Alleria percibía la mentira envuelta en aquella verdad. Era una idea encantadora, por supuesto, pero en realidad serían tres personas que no sabían muy bien cómo entenderse, intentando encontrar temas de conversación mientras esperaban a la próxima guerra. Quizá Turalyon tuviera la esperanza de que el joven paladín fuese capaz de traer a su madre a casa, pero resultaba que era Alleria la que tenía que mostrarse persuasiva.

Cuando Arator terminó de quitarse toda la armadura, Alleria miró a su hijo y, al verlo con sus simples ropajes negros, sintió un arrebato de orgullo: combinaba su ágil velocidad con la robusta fuerza de Turalyon, solo que mejoradas con una pose regia y una sonrisa amable. Esta vez, cuando le ofreció el abrazo, lo tomó y se dejó llevar al exterior de la casa.

Volvió brevemente la vista a Turalyon. Él se despidió con la mano y con un silencioso «Te quiero».

Ella contestó de la misma forma: «Y yo a ti». Con enorme pesar, se dio cuenta de estaba empezando a dársele mejor despedirse que reunirse con él. Se miraron a los ojos durante un largo momento, y lo que pasó entre ellos no fue una frase ni un soneto, ni siquiera un libro, sino una biblioteca entera de sentimientos tácitos. Había muchísimo

que quería decir, solo que no sabía cómo. Montones de cosas que no podría decir nunca. Los ojos de Turalyon le suplicaban que volviese a casa, pero él no le pediría ese sacrificio. Su anhelo tiraba de su alma, pero finalmente Alleria tuvo que apartar la mirada.

Otro día.

Otro día hablarían desde el corazón.

Otro día, quizás, se quedaría.

Odiaba la situación tanto como él,

pero, si no se separaban y continuaban sus propias luchas, el mundo llegaría a su fin—la existencia llegaría a su fin— y ya no habría dónde reencontrarse. Por tanto, el deber tendría que ir antes que el amor, y el hecho de que él lo entendiese era una de las razones por las que ella lo amaba.

Cuando Alleria volvió a centrarse en Arator, vio algo similar en su rostro: amor, duelo, anhelo... Había visto la mirada entre sus padres, había sido testigo de aquel momento tan íntimo y complicado, y ahora tenía que mirar hacia otro lado.

—Has elegido un día precioso —dijo tras aclararse la garganta.

Fuera, la luz del atardecer lo dominaba todo. Unos rayos de luz del color de la mantequilla derretida se colaban entre las hojas, de un ardiente color cobre y carmesí, que susurraban levemente y teñían de un brillo triunfante todos los toques dorados. Las sombras lavanda avanzaban por los adoquines y trepaban por los costados de los edificios recién pintados de blanco. Aunque estuviese molesta con Lor'themar, seguía pudiendo apreciar la belleza y el estilo del lugar, y seguía sintiéndose algo en casa, a pesar del tic tac que contaba los minutos que le quedaban allí.

—Nos están siguiendo —advirtió Arator en un susurro.

Alleria dirigió una mirada fugaz a los guardias que la vigilaban. —Una condición de mi visita. No te preocupes.

—Pues fingiré que estamos solos, a pesar de la escolta.

Arator se remangó mirando al sol y Alleria se sorprendió al ver que unos tatuajes le cubrían los antebrazos.

—¿Cuándo te lo has hecho? —preguntó, atreviéndose a tocar el oscuro dragón que se

aferraba a la muñeca de su hijo. En el otro brazo se enroscaba su gemelo luminoso en perfecta simetría. Uno oscuro y otro claro.

Arator desvió la vista, avergonzado, e intentó bajarse las mangas.

—Ah, pues... Bueno...

—Quizá le molesten a tu padre, pero a mí no. Son preciosos.

Más relajado, se subió ambas mangas y extendió los brazos para que su madre pudiera apreciar el trabajo.

—Me los hizo alguien increíble —dijo con una sonrisa de medio lado.

—Sí. Reconozco el estilo. —Le devolvió la sonrisa. Le gustaba aquel pequeño acto de rebeldía. Era la prueba de que, aunque no lo hubiese criado ella, al menos había heredado algo de su personalidad—. Rebelarse un poco es bueno para el alma.

Por un momento, sintió que tenían algo en común, una base sobre la que construir algo mejor. Para Arator sería solo una sonrisa cómplice y un poco de tinta, pero Alleria sabía que se grabaría el momento en la memoria para siempre.

El momento, no obstante, no duró. Uno de los guardias a su espalda tosió, y de repente sintieron que estaban en un escenario, interpretando los papeles de una madre y un hijo.

—¿De qué querías hablar? —preguntó Arator, de nuevo con educación, como si fuera una simple desconocida en lugar de su madre.

Bueno, ¿y por qué no? Era ambas cosas.

—Quería saber cómo le va a mi hijo. —Alzó la mirada hacia él con ternura, y se le encogió el corazón al imaginarlo lanzándose de cabeza a una guerra que tal vez no ganarían. Lo instó a continuar con un gesto—. ¿Te parece que demos una vuelta por la ciudad entera hasta el bazar?

Arator soltó una risita y avanzó con ella.

—A veces se me olvida que conoces este lugar.

—Y lo conozco bien... Como era antes. Fui capitana forestal de Quel'Thalas durante breve tiempo, por si no lo sabías. —Porque ¿cómo iba a saber ella lo que podía haber descubierto de su pasado?

—Padre me ha contado algunas cosas de tu historia. —Arator escogía sus palabras



Por un momento, sintió que tenían algo en común, una base sobre la que construir algo mejor.

con mucho cuidado y formalidad—. Habla sobre todo de tu fuerza como líder y habilidad como luchadora.

—Sí, son de las cosas que más valora.

—Padre...

Hizo una pausa. Aún quería cuidar sus palabras. A Alleria le costaba andar tan despacio; estaba más acostumbrada a marchar con decisión a todas partes, si no a correr directamente hacia el peligro.

Ya estaban en el Camino de los Ancestros, un sector concurrido y bien cuidado de la ciudad, donde apenas se venían unos pocos viajeros, intentando orientarse y admirando la gloriosa arquitectura. Los árboles dorados se mecían sobre ellos, y había plantas enmacetadas flotando en pequeños grupos que aportaban un toque relajado y despreocupado a las calles. El aire traía el aroma de la carne asada y el pan recién hecho de la Taberna del Descanso del Caminante, y Alleria recordó un delicioso estofado de cordero que había degustado allí mucho tiempo atrás. Con Turalyon. Cuando todo era más fácil.

—¿No te llevas bien con tu padre? —preguntó con delicadeza—. Yo tampoco congeniaba con mi madre. Ella quería que fuese quien no era, y yo de joven era muy impetuosa. Al menos, logramos reconciliarnos antes de... —Esta vez fue ella quien dejó la frase en el aire.

Al haberse criado con Vereesa, Arator conocería la historia y sabría lo que había pasado con gran parte de la familia Brisaveloz. Alleria no tenía la necesidad de revolver antiguas tumbas; no cuando disponían de tan poco tiempo juntos.

—La guerra —terminó Arator por ella con un tono sombrío. Negó con la cabeza—. No, no es eso. Nada serio. Padre tiene mucho que enseñarme y su experiencia con la Luz y en el campo de batalla es valiosísima, pero... ¿Cómo decirlo? A veces me gustaría irme a pescar con Turalyon, el hombre, en lugar de afilar mi espada con Turalyon, el alto exarca del Ejército de la Luz, mientras escudriña la piedra que estoy utilizando. —Al ver que su madre no contestaba al instante, se apresuró a añadir—: Lo admiro muchísimo, de verdad. Es mi héroe. Es que...

—Lo conociste antes como héroe que como padre, y no es fácil revertir la situación.

Arator asintió, aliviado.

—Exacto. Tenemos mucho en común, pero muchas veces siento que me ve más como un proyecto... que como un hijo.

Por delante de ellos, una familia compraba pastelillos a un comerciante con su carro. La madre llevaba un bebé atado al pecho, y el padre iba de la mano de un niño pequeño que cotorreaba emocionado sobre su tipo de pastel favorito. Cuando Alleria miraba a su hijo, le costaba imaginárselo tan joven e inocente. Durante esos años, solo lo había visto gracias a la Luz... y desde muy muy lejos. Nunca le había tocado la mano pegajosa ni sabía cuál era su pastelillo favorito.

—Fue muy duro... —dijo con la voz áspera y una mano rodeando la esmeralda que llevaba al cuello—. Fue durísimo dejarte en brazos de Vereesa. Sabiendo los momentos de ternura que no podría vivir. Sabiendo que, si no me iba, nadie tendría la oportunidad de vivirlos porque el mundo entero acabaría reducido a un cascarón carbonizado. Eras tan pequeño... Es lo más difícil que he hecho nunca.

—Sé que buscas el perdón con tus palabras —susurró Arator—. La tía Vereesa me crió bien, pero no era ni de lejos lo que yo necesitaba. —La miró con curiosidad—. Aunque no niego que, cuando estaba solo y necesitaba tu consuelo, te encontraba en la Luz. Eso fue lo que me despertó esta vocación, la de dedicarme a su causa.

Arator se detuvo frente a una casa en ruinas y se volvió hacia Alleria. El lugar había caído ante la Plaga y lo estaban reconstruyendo: un montón de piedra nueva esperaba junto a un muro a medio levantar, y alguien acababa de plantar dos esquejes a ambos lados de un enorme agujero que algún día contendría una puerta pintada rojo.

Una familia vivió allí. Los habían expulsado... o algo peor. Pero el pueblo de Lunargenta se ha unido para reconstruirla, y pronto se crearían nuevos recuerdos en su interior.

«Lo que está roto se puede arreglar», pensó Alleria mientras observaba la sombra de anchos hombros que su hijo proyectaba sobre la pared. Si había esperanza, podía haber sanación.

—Rezaba porque lo sintieras —le confesó—. A veces veía tu rostro a través de la Luz y me rompía el corazón no poder abrazarte como debe hacerlo una madre. A veces te sentía llamarme entre sollozos, y yo alargaba la mano hacia ti, esperando que supieras que te quería. Es como si siempre hubiera existido un hilo que va de mi corazón al tuyo, sin importar la distancia. Todo está conectado, como la luz y la oscuridad. Un equilibrio perfecto.

Alleria observó los dragones serpentinos que fluían por los brazos de Arator.

—La tía Vereesa me contó algo similar una vez. Me dijo que nunca dudase de tu amor y que nunca me habrías abandonado por voluntad propia, pero que eras una gran heroína y que el mundo entero dependía de ti. Yo nunca lo entendí, hasta que un día... —Apretó el puño—. Padre, tú y yo... Tenemos un deber que cumplir, una misión que otros no tienen. La primera vez que me llamaron a filas fue cuando por fin empecé a entenderte.

Una sombra pasó sobre ellos y Alleria alzó la vista: un dracohalcón dorado cruzaba el cielo, seguramente con rumbo a la Isla del Caminante del Sol con un viajero a la espalda. Su estridente aullido resonó en el aire, y Arator también levantó la mirada, se protegió los ojos con una mano y sonrió.

—Me alegro de que me entiendas —dijo Alleria con la garganta dolorida—, aunque sé que lo que tu padre y yo hicimos no se puede perdonar...

«Eres un monstruo. Este muchacho no podrá entenderte nunca ni verte como eres. Ríndete. El Vacío te conoce. El Vacío te acoge. Ríndete. Sé quien eres de verdad».

—... pero agradezco tu indulgencia. Espero que un día Azeroth esté a salvo y podamos estar juntos tanto tiempo que acabes aborreciendo mi compañía.

Una risita triste.

—Tal vez ocurra algún día. Tal vez en otro mundo las cosas serían distintas. Pero este mundo es el único que tenemos y ambos estamos comprometidos a luchar por él, cueste lo que cueste.

Se alejaron de las obras y pasaron al Intercambio Real, donde habían colocado unos bancos con incrustaciones de oro a cómodos intervalos y la gente hacía cola para entrar

en la casa de subastas y en el banco justo antes de la hora de cerrar, dando golpecitos en el suelo con el pie y refunfuñando sobre la espera.

A Alleria se le aceleró el pulso: el sol se estaba poniendo y no le quedaba mucho tiempo. Entraron en la Plaza del Errante en silencio. Allí, unos arqueros colocados en pulcras filas asaeteaban sus dianas con absoluta precisión mientras, a poca distancia, la caballería practicaba maniobras sobre halcones zancudos cuyas plumas violeta destellaban al sol del atardecer.

—¿Qué haces cuando no estás luchando? —preguntó Alleria.

Arator se rascó la barbilla desaliñada.

—Como esos guerreros, practico con mis compañeros. Me dedico al estudio de la Luz.

—¿Y no tienes... —preguntó, incómoda por el tema— a alguien especial?

Arator apartó la mirada, sonrojado. —Madre, por favor. Sirvo a mi ciudad. Soy un guerrero. ¿Qué clase de vida le puedo ofrecer a otra persona si estoy centrado en otra cosa?

—Siempre hay tiempo para el amor, hijo mío...

Dejó la frase sin terminar, sintiéndose una hipócrita redomada.

Por suerte, él no se lo recriminó.

—Tengo todo lo que necesito. Tengo una vida aquí.

Era verdad. Y ella no sabía nada al respecto.

«No sabes nada de él. ¿Por qué iba a escucharte? ¿A quererte?

No eres nada para él».

—O, al menos —añadió Arator—, tengo un deber.

«Luchará y fracasará.

Tráelo a nuestro bando».

Ya estaban en la Corte del Sol, frente a una enorme fuente decorada con inmensos peces y elegantes sin'dorei. Sus aguas claras y azules aportaban un contraste pacífico y musical ante la imponente dignidad de la Aguja Furia del Sol, erguida sobre todo lo demás. Lor'themar se encontraba en algún lugar de aquel palacio majestuoso,

seguramente asomado a una de sus muchas cúpulas y balcones, esperando a que Alleria retrasase su partida y se enfrentara a la cólera de sus soldados.

No podía retrasarlo más.

—Hijo, escúchame. Algo se acerca —susurró mientras doblaban una esquina donde los edificios estaban más próximos y las sombras eran más oscuras. En ese momento no había nadie cerca, pero las paredes oyen y los guardias no debían de andar lejos.

—Khadgar me ha dicho que hay señales —continuó en voz baja—. Presagios. El artefacto que busco augura un nuevo peligro, un enemigo que acecha en las sombras. Se avecina una batalla y debo suplicarte como madre y como antigua capitana forestal de este mismo reino que te mantengas al margen.

Arator se detuvo a medio paso y frunció el ceño.

—No hablarás en serio.

«Duda de ti.

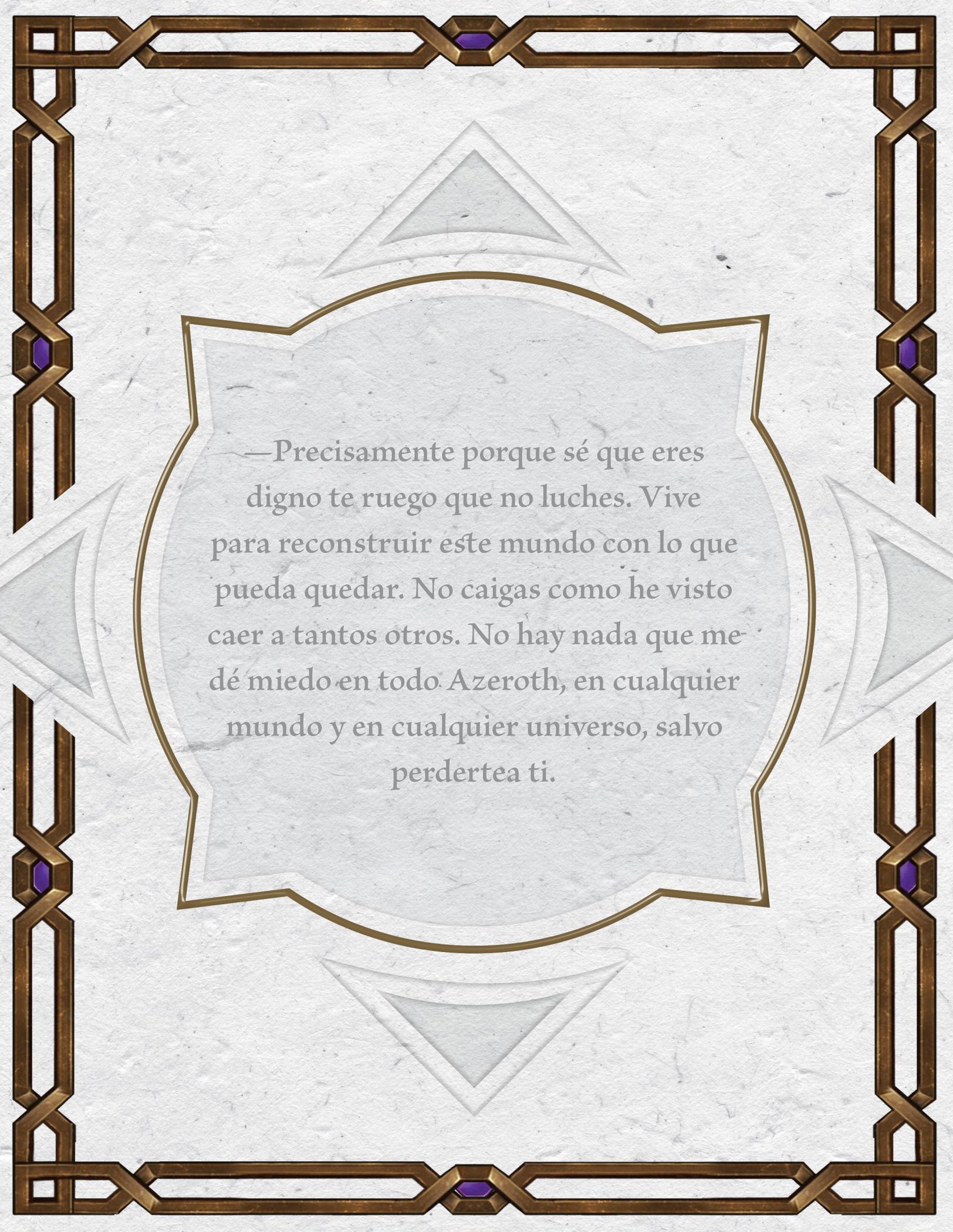
Te odia».

—No soy mucho de bromas. Lo único que he querido para ti ha sido una vida de paz, lejos del campo de batalla. Por eso te dejé con Vereesa. Por eso te dije hace tanto tiempo que la guerra no es gloriosa. Defender Azeroth es mi vocación. No tiene por qué ser la tuya.

La calidez de la mirada de su hijo se apagó. Y, de repente, cada uno de los años que había vivido se reflejó en su rostro, el rostro de un hombre adulto curtido en batalla. —Madre, escúchame. Tal vez no me conozcas como te gustaría, pero has de saber que nunca abandonaré mi deber. Nunca eludiré mi responsabilidad y dejaré que otros caballeros corran el riesgo. ¿Te imaginas a padre sentado en casa durante una guerra? ¿Qué haría? ¿Tejer patucos, cantar canciones y fingir que el mundo está bien y a salvo mientras otros mueren en las calles porque él no estaba allí para defenderlos? —Negó con la cabeza, le dio la espalda y se bajó las mangas para volverse a cubrir los tatuajes—. ¿No me crees digno?

Alleria lo rodeó para mirarlo a la cara.

—Precisamente porque sé que eres digno te ruego que no luches. Vive para reconstruir



—Precisamente porque sé que eres digno te ruego que no luches. Vive para reconstruir este mundo con lo que pueda quedar. No caigas como he visto caer a tantos otros. No hay nada que me dé miedo en todo Azeroth, en cualquier mundo y en cualquier universo, salvo perderte a ti.

este mundo con lo que pueda quedar. No caigas como he visto caer a tantos otros. No hay nada que me dé miedo en todo Azeroth, en cualquier mundo y en cualquier universo, salvo perderte a ti.

Arator no la miró; sus ojos estaban perdidos tras ella, más allá, en busca de sí mismo.

—A lo mejor... ya no puedes perderme. Al entregarme a Vereesa, renunciaste a la propiedad que un alma siente sobre otra. Al igual que tú, pertenezco a la causa, aunque te duela oírlo.

«Volverá a hacerte daño una y otra vez.

En el Vacío no existe el dolor.

Abandona la carne.

Sé algo más».

—La verdad merece la pena —susurró Alleria—. Es un regalo verte vivo, adulto y ocupando tu lugar en un mundo que se está levantando de los escombros. No puedo estar de acuerdo con tu decisión. No es lo que esperaba para ti ni lo que habría elegido..., pero estoy orgullosa de ti, hijo mío.

Arator cerró los ojos brevemente y una pequeña sonrisa asomó en sus labios.

—Qué raro es que a veces te siento más cerca cuando estás lejos, pero ahora... Lo he vuelto a sentir. Lo que sentí aquel día en el Valle de los Héroes.

Volvió a abrir los ojos dorados y se pasó una mano por su larga melena bruñida por el sol antes de seguir caminando.

Doblaron una esquina y se encontraron en el patio ante el bazar, donde los comerciantes empezaban a cerrar y las familias pasaban corriendo en dirección a sus hogares con cestas y bolsas llenas. Cerca de allí, entre dos arcadas, se levantaba la estatua de Kael'thas Caminante del Sol. Los guardias aparecieron en el momento justo para recordarle a Alleria que los que amenazan La Fuente del Sol no son bienvenidos durante mucho tiempo.

Arator los ignoró y señaló el cielo.

—Mira. El Martillo de Turalyon. Parece que nos está llamando a cenar.

Alleria contempló la constelación. Las tenues estrellas comenzaban a titilar en un

firmamento que acababa de oscurecerse. Si no abandonaba pronto Lunargenta, las cosas se pondrían incómodas. Prefería no enfrentarse de nuevo a Lor'themar, y menos delante de su hijo. Casi habían alcanzado un entendimiento, y no quería que la riñeran y la echaran como a una delincuente cualquiera delante de él.

—Tal vez te llame a ti. Como a mí me llama mi misión. ¿Me acompañas a la puerta?

Arator volvió a ofrecerle el brazo y, tras dudarlo un momento, Alleria lo tomó. Qué curiosa ironía. No estuvo presente mientras él necesitó su apoyo para aprender a andar, y ahora era él precisamente quien la guiaba a ella.

Su niño. Ahora, un hombre.

—¿Seguro que no puedo convencerte de que te quedes en casa? ¿De que te cases con una de las gemelas Brisaflor y críes a un futuro panadero o tabernero? ¿Alguien que perpetúe el apellido Brisaveloz?

Arator suspiró.

—Ahora que teníamos algo en común...

—La lucha es lo que tenemos en común. La diferencia es que yo no puedo elegir y tú sí.

Arator retiró el brazo y la fulminó con la mirada.

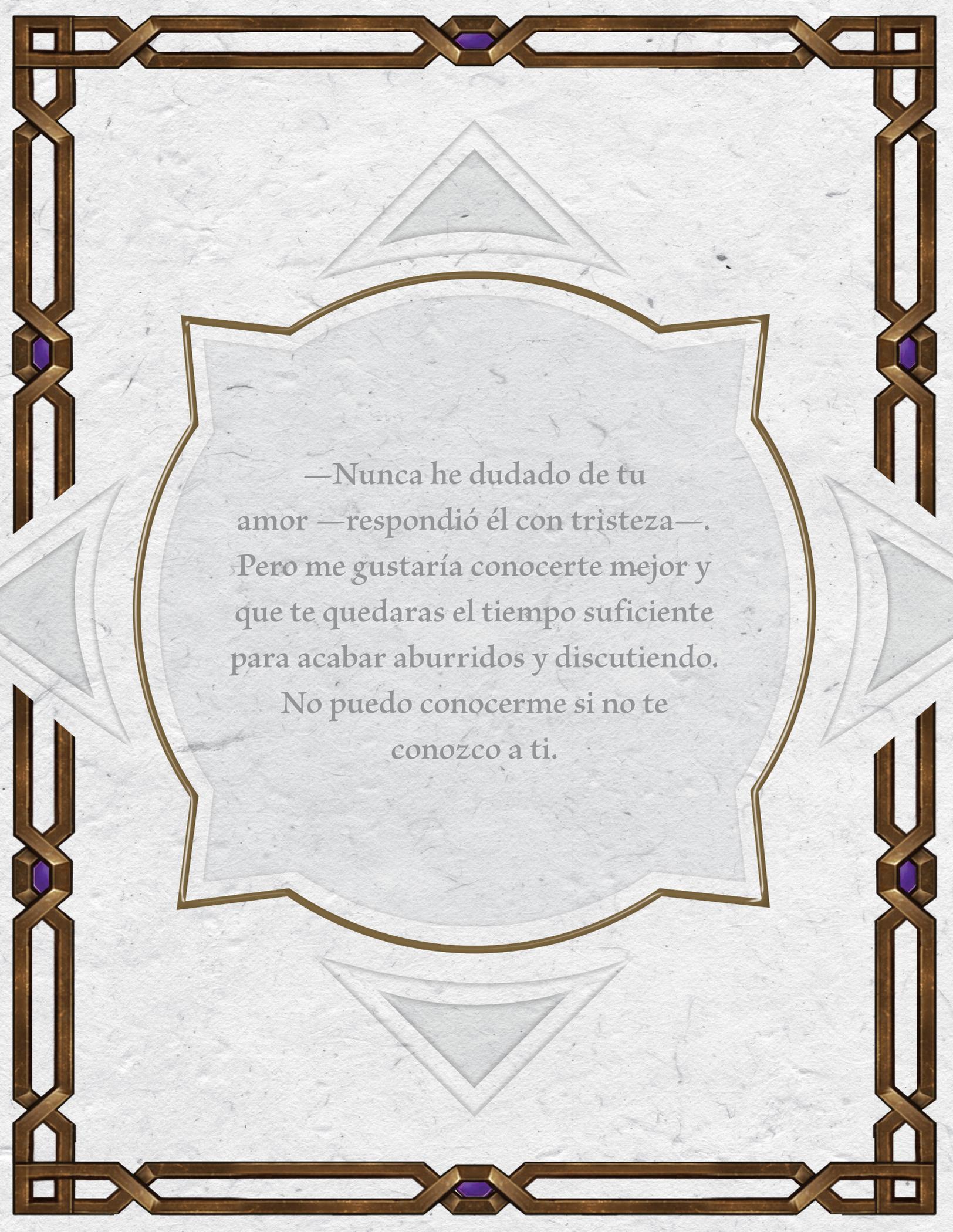
—No puedo, y siento que no seas capaz de verlo. Eso es lo que tenemos en común. Somos tercos. Ninguno de los dos tiene la opción de negar su vocación, le cueste lo que le cueste.

Alleria percibió la desazón de su hijo, allí, mientras caminaba a su lado. Era el mismo peso que sentía con Turalyon tras cada discusión sobre su vínculo con el Vacío. Había un abismo inmenso entre ellos. Ay, si hubiera podido alcanzarlos. A los suyos. Ay, si pudiesen aceptarla por quien era en realidad...

Pero eso era lo único que Arator quería de ella, ¿no?

—Tienes la fuerza necesaria para proteger nuestro mundo, así que debes luchar como luché yo. Pero has de saber que nunca quise que este fuera tu camino. Una madre siempre quiere proteger a sus hijos.

—Nunca he dudado de tu amor —respondió él con tristeza—. Pero me gustaría



—Nunca he dudado de tu amor —respondió él con tristeza—. Pero me gustaría conocerte mejor y que te quedaras el tiempo suficiente para acabar aburridos y discutiendo. No puedo conocerme si no te conozco a ti.

conocerte mejor y que te quedaras el tiempo suficiente para acabar aburridos y discutiendo. No puedo conocerte si no te conozco a ti.

—Uno tarda toda la vida en conocerse —reconoció Alleria—. Y yo llevo varias intentándolo. El cambio es parte de la vida, pero mi amor por ti es lo única constante en la mía.

Alleria aminoró el paso al acercarse a la puerta. Los guardias que estaban allí esperando la vigilaban de cerca con las armas prestas, mientras los de atrás se desplegaban formando un muro.

—Caballero Arator... —dijo uno de los guardias, inclinando la cabeza.

Arator le devolvió el gesto al cruzar la puerta.

Ya fuera de la ciudad, Alleria sintió una oleada de alivio: había cumplido su parte del trato y volvía a estar fuera del alcance de los juicios que cualquiera pudiese tener al otro lado de sus muros. Sacó rápidamente la armadura de su bolsa encantada y, tras embutirse en ella, suspiró al sentir de nuevo su peso, como un bálsamo. Como los susurros del Vacío, la armadura se había convertido en una parte intrínseca de su ser, y se sentía más completa con ella.

Arator también percibió el cambio.

—Que la Luz te bendiga, madre —dijo con formalidad y sin una pizca de la calidez de antes—. Que tu misión dé sus frutos.

—Ojalá esta urgencia resulte infundada, pero me llevo tus esperanzas conmigo, hijo mío.

Le dedicó una larga mirada y dio un paso al frente. Se abrazaron con rigidez, y Alleria recordó cómo era llevar un niño en su vientre y soñar con conocer al nuevo ser al que había sentido moverse durante meses. Deseó poder retenerlo así, protegerlo con su cuerpo de todos los horrores del mundo. Pero él ya era más alto que ella, un hombre hecho y derecho, y había tomado una decisión. Lo único que podía hacer ahora era apoyarlo.

Habría querido abrazarlo para siempre.

—Adiós, Arator.

Él retrocedió.

—Que la Luz te guíe en tu misión, madre.

Sabía que estaba enfadado con ella, pero se notaba que, aun así, lo apenaba verla marchar.

Arator se dio la vuelta y cruzó el umbral mientras Alleria lo observaba con una sonrisa afectuosa. Caminaba como un guerrero: con los hombros hacia atrás, con soltura y con una elegancia atlética.

«Te está abandonando. Te detesta. Odia lo que eres. Se alegra de librarse de ti».

Alleria suspiró.

La visita podría haber ido mejor..., pero también peor.

Dudaba que Arator escuchara sus palabras, pero había tenido que decirlas. Al menos, ahora conocía sus sentimientos; los sentimientos que se había guardado dentro durante años y años con la esperanza de poder hablar con sinceridad algún día. Eran tal para cual. Igual que ella tenía que buscar el corazón oscuro, aunque ello supusiera volver a abandonar a su familia, él tenía que lanzarse a la batalla que se avecinaba, incluso si, al hacerlo, decepcionaba a su madre.

«Morirá en el campo de batalla. Fracasaré. Le has fallado».

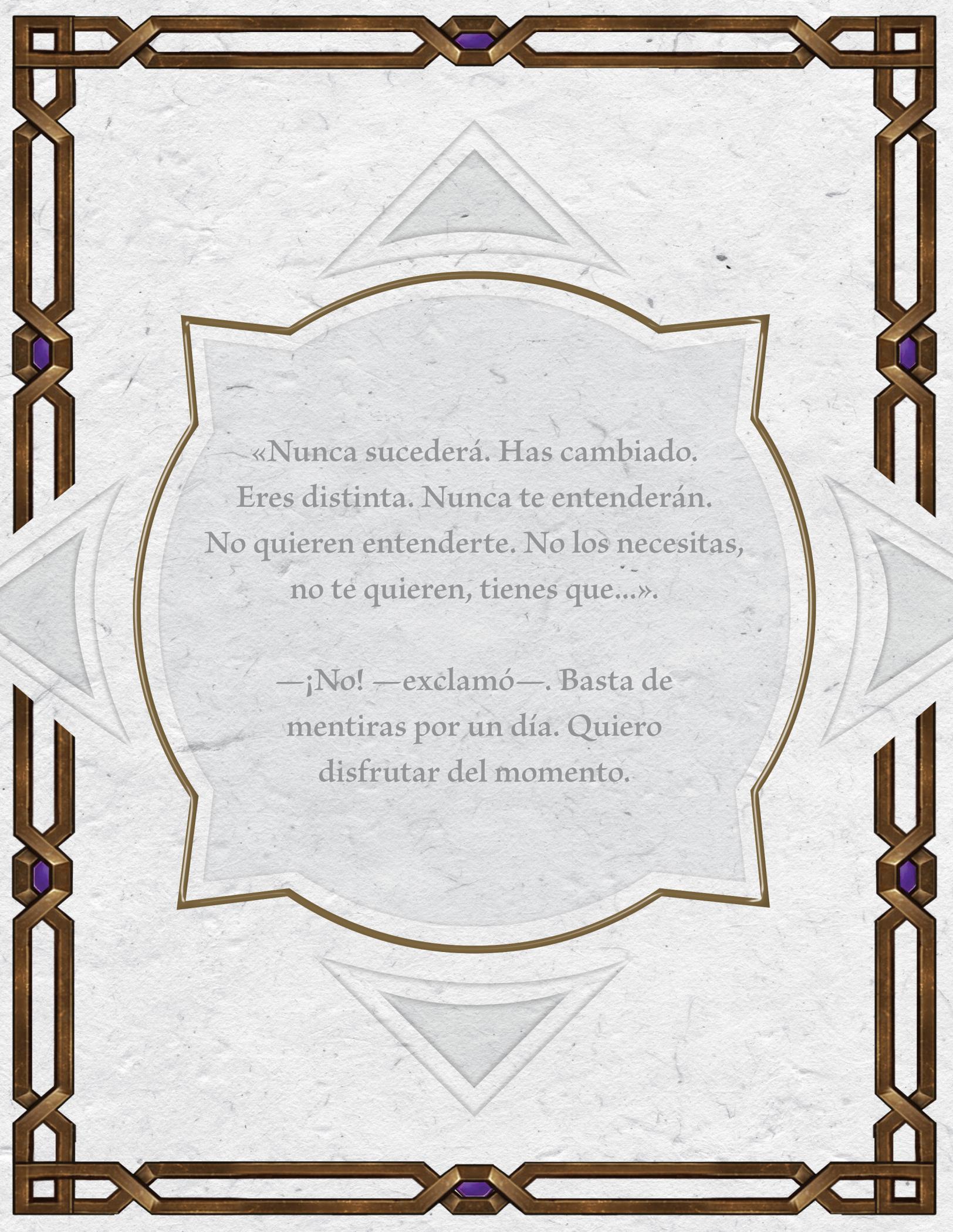
No era la primera vez que se alejaba de su familia, y dudaba que fuera la última. Solo podía esperar que, la próxima vez que cruzase el umbral de Arator, lo hiciera con la noticia de la victoria y el fin de cualesquiera males que amenazaran Azeroth. Quizá entonces Lor'themar le diera la bienvenida como a una heroína, Turalyon dijera lo que pensaba, Arator sentara la cabeza con alguien agradable y Alleria pudiera sentarse con su familia a comer con normalidad sin hablar de alguna catástrofe inminente.

«Nunca sucederá. Has cambiado. Eres distinta. Nunca te entenderán. No quieren entenderte. No los necesitas, no te quieren, tienes que...».

—¡No! —exclamó—. Basta de mentiras por un día. Quiero disfrutar del momento.

Por una vez, dichosamente, los susurros enmudecieron. Sabía que no duraría, pero era posible que el Vacío entendiera que no podía convencerla en este asunto.

Alleria amaba a su familia y quería lo mejor para ellos. De momento, eso era suficiente. Tal vez su hijo no la conociese bien..., pero quería hacerlo, y para ella eso era un tesoro.

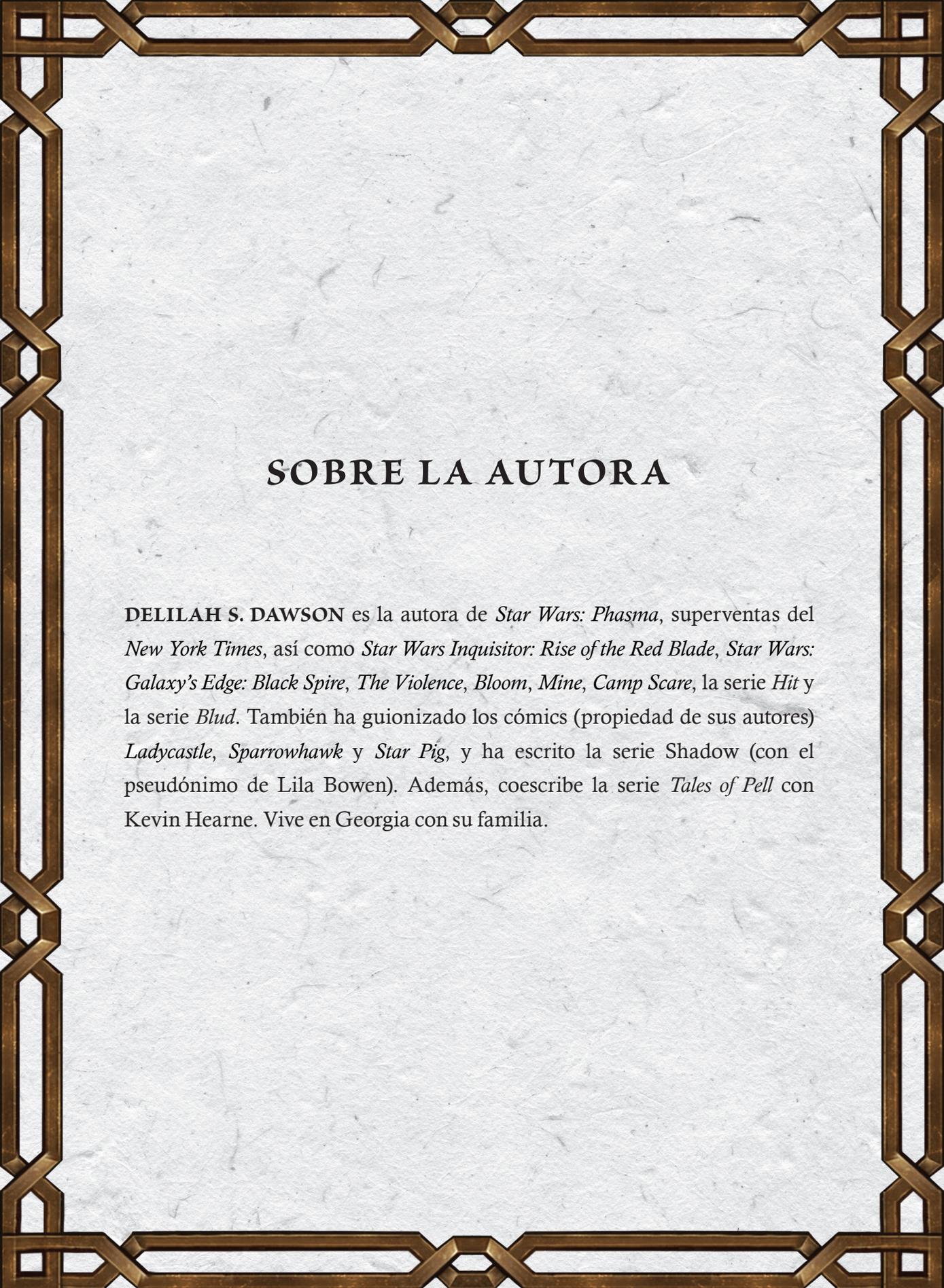


«Nunca sucederá. Has cambiado.  
Eres distinta. Nunca te entenderán.  
No quieren entenderte. No los necesitas,  
no te quieren, tienes que...».

—¡No! —exclamó—. Basta de  
mentiras por un día. Quiero  
disfrutar del momento.

La ciudad resplandecía a su espalda, iluminada con cristales brillantes y llamas alegres, pero Alleria Brisaveloz encaminó sus pasos hacia la oscuridad. De nuevo. Como siempre. Y sola. Solo que, esta vez, no era la violencia lo que tiraba de ella.

Era la esperanza.



## SOBRE LA AUTORA

**DELILAH S. DAWSON** es la autora de *Star Wars: Phasma*, superventas del *New York Times*, así como *Star Wars Inquisitor: Rise of the Red Blade*, *Star Wars: Galaxy's Edge: Black Spire*, *The Violence*, *Bloom*, *Mine*, *Camp Scare*, la serie *Hit* y la serie *Blud*. También ha guionizado los cómics (propiedad de sus autores) *Ladycastle*, *Sparrowhawk* y *Star Pig*, y ha escrito la serie *Shadow* (con el pseudónimo de Lila Bowen). Además, coescribe la serie *Tales of Pell* con Kevin Hearne. Vive en Georgia con su familia.